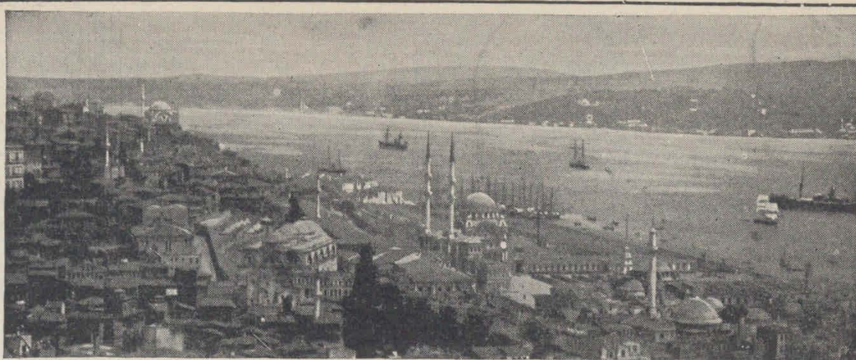
TURQUÍA Y LA PENÍNSULA DE LOS BALKANES



A consecuencia de la Guerra Mundial Bulgaria ha perdido una gran parte de su territorio y la Turquía Europea ha sido algún tanto reducida; en cambio la Grecia y la Rumania han ganado. Servia y Montenegro junto con territorio tomado a Austria-Hungría han venido a formar parte de un nuevo estado llamado comunmente Jugoeslavia.



Jamás se escogió emplazamiento mejor para una ciudad que el de Constantinopla. Esta vista está tomada desde la ciudad a través del Cuerno de Oro, o sea, el brazo del Bósforo, que tiene forma de media luna.

LA PENÍNSULA BALKÁNICA

APOGEO Y DECADENCIA DE TURQUÍA

CINCO mares bañan la península balkánica, a saber: el Adriático, el Jónico, el Egeo o del Archipiélago, el de Mármara y el Mar Negro. Dos estrechos, denominados Dardanelos y Bósforo, unen el mar de Mármara con el Egeo y el Negro.

La mayor parte de su extenso litoral es tan bello como las costas italianas; e igualmente bellas son las numerosas islas que lo circundan. El mismo clima templado y soleado, las mismas deliciosas bahías con suaves playas de amarillas o blancas arenas, iguales colinas verdes o idénticas peladas rocas que entran en el mar de profundo color azul, el mismo exquisito velo de brillante bruma envuelve en ligero cendal un páis, cuyas primitivas leyendas e historias son de lo más misterioso y bello del mundo.

Pero en la península balkánica la historia no es como en Italia la de diversos pueblos que se fusionan poco a poco en un estado. El relieve de la península nos dirá en parte por qué. Bruscas alturas cubren gran parte de su superficie y las principales son las formadas por la cordillera de los Balkanes que dan nombre a la península, y la cruzan al Sur del Danubio, de Este a Oeste. La altura de los Balkanes varía de 600 a 1800 metros. Otras muchas ramas se le bifurcan en distintas direcciones; la cadena del Pindo, avanzando hacia el Sur, forma una especie de espinazo en la parte más estrecha de la península. Hay varias grandes llanuras, de las cuales la principal es la del bajo Danubio. Al Sur de los Balkanes está la llanura regada por el río Maritsa; y la llanura de Tesalia al Este de la cadena del Pindo. Estas y otras llanuras están cortadas y aisladas entre sí por largas cordilleras, a través de las cuales es muy difícil abrir buenos caminos.

Otra razón, de que los diferentes estados que se han formado gradualmente en estas llanuras y en las faldas montañosas no se hayan unido nunca realmente, estriba en que los pueblos que se han fijado en ellas y las dominan pertenecen a pueblos de razas diferentes, de diverso idioma, y, hasta cierto punto, de religión diferente.

Por dos veces ha habido durante la era cristiana en la península un poder dominador bastante fuerte para retener unidos por algun tiempo los varios estados, más o menos, bajo su régimen y supremacía. Pero siempre se ha revelado en esos pueblos un indomable deseo de independencia que ha originado repetidas y trágicas guerras. Consiguien-

temente, mirando el mapa de estas partes de Europa tal como está en el día de hoy, podemos decir, sin ningún genero de duda, que cada kilómetro de los ondulantes límites de los diversos estados que hay en ella, se ha conquistado, perdido y reconquistado muchas veces, entre escenas de increíble maldad.

GRECIA, EL FAMOSO PAÍS QUE TIENE LA FORMA DE HOJA DE MORERA

Empecemos por el extremo Sur de la península, Morea, cuya forma se asemeja a la de la hoja de morera, siendo el pedúnculo que la une al continente el istmo de Corinto, abierto hoy por un canal. La Morea con las provincias situadas al Norte de ella y muchas de las bellísimas islas, constituyó antiguamente la famosa Grecia. En otra parte de esta obra se habla de sus héroes y leyendas, de sus maravillas y primitiva historia; todo lo cual pertenece al período de su mayor gloria antes de Jesucristo. El reducido país, principalmente la porción llamada Ática, con su famosa ciudad de Atenas, ha influído en la vida y pensamiento de innumerable gente durante más de 2000 años: tan grande fué la sabiduría y buen gusto de sus moradores antiguos.

Aquí reanudaremos su historia en los días, en que ya había pasado su grandeza, después de haber sido conquistada, como otras provincias griegas del Jónico y del Egeo, por los romanos.

A mediados del siglo IV, Constantino, el emperador cristiano, tomó la antigua ciudad griega de Bizancio, situada en el punto donde la impetuosa corriente del Bósforo se espacia en el mar de Mármara. «Magnífico sitio» pensó el emperador, al contemplar el territorio de Asia al otro lado del estrecho, un puerto magnífico, llamado hoy el Cuerno de Oro, que penetra once kilómetros en tierra.

CONSTANTINO EDIFICA LA NUEVA ROMA A LA VISTA DE ASIA

Añadió, pues, murallas para defender la ciudad y la llamó Nueva Roma, pero el nombre que ha llevado siempre ha sido Constantinopla—de *polis* ciudad y Constantino, esto es ciudad de Constantino;— la cual llegó en breve a ser la capital del imperio griego de Oriente, llamado también imperio Bizantino. Ya vimos en la historia de Italia cómo se debilitó el imperio romano y se dividió en dos, Oriental y Occidental, a fines del siglo IV.

Desgraciadamente surgieron dificultades entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente, y así sucedió que al convertirse al cristianismo los pueblos salvajes de Europa, durante los primeros siglos, se unían a la iglesia de Occidente, regida por el Santo Padre, o a la de Oriente gobernada por el patriarca de Constantinopla. Los pueblos eslavónicos y otros de diferente tronco, que se habían mezclado mucho con los eslavos estableciéndose, como lo hicieron, junto a los Balkanes y el Danubio, desde el siglo VI en adelante, tenían grandes relaciones con el imperio de Oriente, y por esto se agregaron a la iglesia griega. Entre los principales de estos pueblos se cuentan aquellos cuyo nombre se encuentra en nuestros mapas modernos: los búlgaros, que se fijaron entre los Balkanes y el Danubio, cuyo reino se extiende hoy más allá de las faldas de las montañas del Sur; y los servios que se establecieron al Oeste de los búlgaros, en Servia, y otros estados menores próximos al Adriático. Entre los emperadores de Oriente y estos pueblos hubo encarnizadas y prolongadas luchas en la frontera septentrional de sus dominios.

LOS PUEBLOS DE LAS MONTAÑAS Y LOS FUNDADORES DE UN REINO

Miremos de más cerca esa frontera septentrional. Entonces, como ahora, el majestuoso Danubio, viniendo en caudalosa corriente, de los distantes Alpes hacia los Cárpatos, formaba una espléndida vía fluvial en la mitad de su curso desde las llanuras húngaras al mar Negro. Entonces, como ahora, el agua fertilizaba las tierras de sus riberas y valles, cerrados por las montañas de Hungría al Norte y por los Balkanes al Sur. La llanura Norte con sus alturas fué habitada por pueblos, cuyos territorios formaron después los reinos in-

EL TRIUNFO DEL PAGANISMO EN ORIENTE



El emperador romano Juliano, sobrino de Constantino *el Grande*, fué educado en el cristianismo, pero secretamente adoraba a los dioses paganos de Grecia y Roma, cuyo culto trató de restaurar al ser proclamado emperador. Por esto en la historia se le conoce con el nombre de Juliano *el Apóstata*. Intentó ganar a los cristianos por todos los medios; el grabado lo representa tratando de persuadir a unos cristianos. Dícese que al morir exclamó: ¡Venciste, Galileo!

La magnífica mezquita de Santa Sofía, cuyo interior vemos en este grabado, fué edificada para basílica cristiana por el emperador Constantino *el Grande*, y ha sido siempre considerada como el modelo más bello de la arquitectura bizantina. Cuando los turcos tomaron a Constantinopla, la convirtieron en mezquita. En los muros se distinguen placas circulares con suras del Corán.

dependientes llamados Moldavia y Valaquia.

En el pintoresco y montañoso país entre el mar Negro y el Adriático, un verdadero fermento de pueblos se había establecido, y peleaban entre sí y contra sus vecinos, bajo cuyo poder cayeron repetidas veces con el transcurso de los años. Los reinos de los búlgaros y de los servios eran bastante grandes e importantes, y ciudades y monasterios se fueron levantando en los soleados valles. Bosnia logró mantenerse aparte y convertirse en reino.

A mediados del siglo VI, sobresalen tres hombres eminentes: el heroico general Belisario, el emperador Justiniano *el Grande* y el historiador de ambos Procopio. Dos de los grandes hechos de Justiniano fueron la revisión del derecho romano y la erección en Constantinopla de la gran basílica de Santa Sofía. Poniendo en armonía las antiguas leyes romanas con los principios del cristianismo, Justiniano hizo un gran bien no sólo a su tiempo sino a la posteridad, pues todos los estudios jurídicos se basan en gran parte en el Derecho Romano. Su otra obra, la basílica de Santa Sofía, fué incendiada dos veces.

LA ERECCIÓN DE LA MAGNÍFICA BASÍLICA DE SANTA SOFÍA HACE 1400 AÑOS

Cuarenta días después del segundo incendio, Justiniano emprendió la reedificación del magnífico templo que aun hoy perdura. Su forma es la de la cruz bizantina—los cuatro brazos de la misma longitud—con una gran cúpula en el centro. Procopio habla de los espléndidos colores de las marmóreas columnas—tomadas de antiguos templos de Asia — verdes y purpúreas, de rojo brillante y de blancura deslumbradora; la refulgente luz solar de numerosos ventanales de la cúpula quiébrase en los preciosos mosaicos, y en los majestuosos dorados, y en la riqueza de las planchas de oro y plata repujadas de piedras preciosas. Tal era la basílica hace 1400 años.

Cosa de medio siglo después de Justiniano, el emperador Heraclio peleó en varias campañas contra los persas en las riberas del Eufrates, en Asia; la causa de estas guerras fué que en la ciudad de Jerusalén—ciudad tan sagrada para los cristianos y en aquel tiempo parte de los dominios del emperador—se conservaba un trozo de madera que se creía pertenecer a la verdadera Cruz. Los persas, que hacía tiempo invadían las fronteras del imperio, entraron en Jerusalén y se llevaron el santo leño. Heraclio, tras rudo combatir, logró rescatarlo, y de vuelta a Constantinopla depositólo ante el altar de Santa Sofía antes de devolverlo a su santuario de Jerusalén.

Unos cincuenta años después de la guerra persa, nació en la Meca un niño, destinado a ser el fundador de una secta; pertenceía a una tribu árabe y fué educado por un tío suyo. Fué un reformador y enseñó a los arabes, o sarracenos, a renunciar a la idolatría y constituir una gran nación.

CARTA DE MAHOMA A LOS REYES DE LA TIERRA Y RESPUESTA DEL REY PERSA

Su nueva secta enseñaba que sólo existia un Dios; que tanto la religión hebraica como la cristiana procedían de Dios, pero que Mahoma era el enviado por Dios para enseñar una fe más perfecta aún e imponerla a todo el mundo. Mahoma envió una breve carta circular a todos los reyes conminándoles a abrazar la nueva fe. El rey persa contestó que pondria en cadenas al profeta, en cuanto se le presentase la ocasión, Heraclio no contestó directamente, pero le envió algunos regalos.

Imposible es para nosotros formarnos idea de la furia con que los sectarios de Mahoma se lanzaron a someter al mundo a la nueva fe. No sólo no temían la muerte, sino que ansiaban morir con tal de haber matado antes a un « infiel », porque así creían que serían eternamente felices en la otra vida.

Este espíritu es el que los hizo tan temibles. Provincia tras provincia iban cayendo bajo su dominio los Estados de Asia; y pronto los bizantinos hubieron de trasladar el leño santo a Santa Sofía, porque Jerusalén era amenazada por los sarracenos, en cuyas manos cayó tam-



El general Belisario murió en la pobreza. Cuenta la leyenda que perdió la vista, y que viejo y ciego vagaba con un joven por lazarillo, cuando éste fué muerto por una serpiente; Belisario cargó con su cadáver, sin darse cuenta de lo que había sucedido.



El emperador de Oriente a cuyas ordenes sirvió el ilustre general Belisario, fué Justiniano I, apellidado «el Grande,» que se casó con una actriz llamada Teodora, mujer muy bella, inteligente y animosa, pero arrogante y cruel.



Cuéntase que, deseando el emperador bizantino Teófilo tomar esposa, fueron llamadas a palacio las más hermosas doncellas; una manzana de oro dada a una de ellas era la señal de su elección. Diósela a Casia, pero habiendo contestado la doncella con alguna petulancia a una observación del emperador, éste, disgustado, siguió adelante y dió la manzana a Teodora.

bién. Las magníficas murallas de Constantinopla guardaron la reliquia de la Santa Cruz durante trescientos años, pero en todo ese tiempo los emperadores de Bizancio apenas dejaron de guerrear contra los secuaces del profeta.

SEPÁRANSE LAS DOS RAMAS DEL CRISTIANISMO

Durante estos años las dos ramas del cristianismo se separaron cada vez más; dejó el latín de ser lengua común, y el elemento romano disminuyó y se debilitó. Se cultivaban más la literatura y la lengua griegas en los monasterios y escuelas; y frecuentemente, en sitios apartados del torbellino de las incesantes guerras, muchos eruditos se ocupaban en los estudios literarios y en la copia de manuscritos. Además de guerrear contra los sarracenos y los turcos que les sucedieron, el imperio se veía asediado por tribus salvajes en el Norte, que como los rusos, que se unieron en una gran horda, a mediados del siglo IX, procuraban abrirse paso hacia el mar Negro. Los rusos hicieron incursiones en el Bósforo y devastaron a Bulgaria.

Para empeorar la situación hubo una serie de emperadores débiles y ciegos a las necesidades de su tiempo, los cuales dejaron perder la gran herencia que habían recibido. De cuando en cuando surgía un hombre enérgico que, como Basilio II en el siglo XI, logró derrotar la coalición que contra él habían formado Bulgaria, Servia y Macedonia. Su crueldad terrible le conquistó el renombre de « asesino de los búlgaros ». Hizo nuevamente del Danubio la frontera del imperio, pero sus débiles sucesores no pudieron resistir a los turcos seleucidas, que procedentes del Este y convertidos al mahometismo, se apoderaron del Asia menor y de Jerusalén.

DESTRUCCIÓN DE CONSTANTINOPLA Y DISPERSIÓN DE SUS RIQUEZAS

Por aquel tiempo, peregrinos de todo el mundo iban a pie a visitar los templos de la Santa Ciudad, y las descripciones de los malos tratos de que eran víctimas dieron en Europa nacimiento a las Cruzadas.

La cuarta Cruzada, mandada por Balduino de Flandes, distó mucho de ser lo que se pretendía de aquellas guerras santas. Detenidos un tiempo en Constantinopla en espera de naves para trasladarse a Oriente, los cruzados hicieron con la república de Venecia ciertos pactos, por los que se obligaban a ayudar a los venecianos contra el emperador bizantino; y realmente cooperaron con ellos al sitio y toma de Constantinopla.

La ciudad cayó al segunto asalto, y los habitantes fueron tratados con horrible crueldad; el saqueo fué espantoso y los tesoros que Constantino y sus sucerores habían reunido fueron destruídos y robados. Para acuñar miserables monedas de bronce fundiéronse las más bellas estatuas que jamás vió el mundo. Así trataron los « cristianos » del Occidente a la capital del imperio cristiano de Oriente.

Balduino fué elegido emperador, pero su gobierno duró poco. Los venecianos y los genoveses, atentos a enriquecerse por el comercio, se dividieron entre sí varias islas y puertos. La gran isla de Creta con sus enhiestas montañas cubiertas de bosque y sus inmensos valles, estuvo durante algun tiempo bajo del poder de Venecia.

Durante el último siglo de la existencia del antes poderoso, pero ya moribundo imperio, sus exterminadores, los turcos osmanlíes y otomanos empezaban poco a poco a abrirse camino hacia el corazón del imperio, Constantinopla. Las provincias asiáticas, las principales islas y puertos fueron cayendo bajo su dominio.

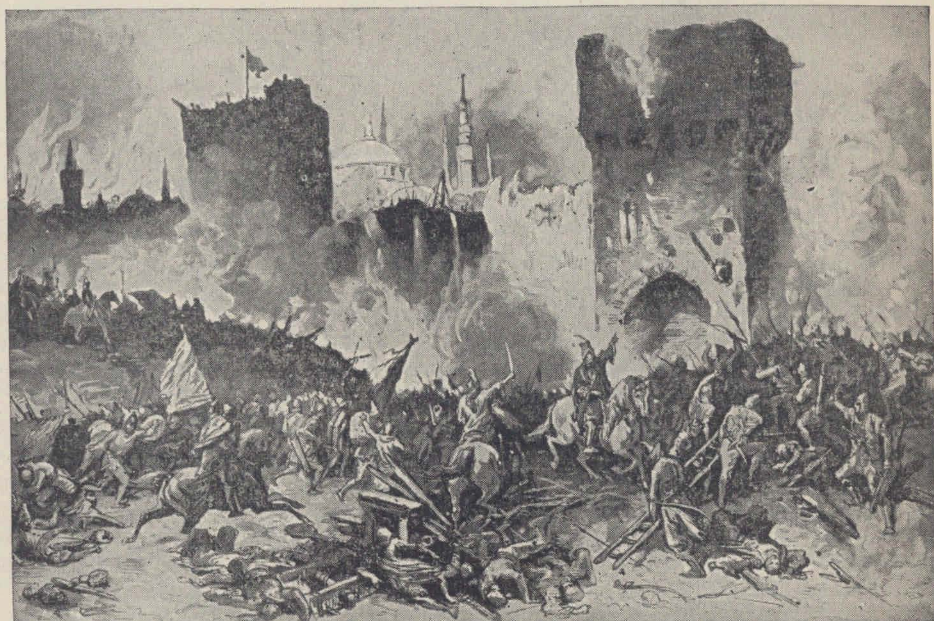
INVASIÓN DE LOS TURCOS Y RUINA DE LOS ENEMISTADOS

La historia de cómo el heredero de la corona turca penetró en Europa cruzando con ochenta hombres los Dardanelos sobre una balsa, es de las más extraordinarias. En la parte más angosta de éstos — no más ancha que un río de regular anchura—lograron tomar un fuerte, primer baluarte de los otomanos en Europa. No habían pasado muchos años, y ya pueblos orillas y valles habían caído bajo del poder del conquistador, incluso Andrinópolis, la

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA



Pocas grandes ciudades han padecido tantos sitios y caído tantas veces en poder del enemigo como Constantinopla. Desde mediados del siglo VI ha sido sitiada 26 veces y tomada 8. La toma más terrible fué la de 1204 por los cruzados, que es la que representa el grabado. La ciudad fué entregada al saqueo más horrible.



La toma de Constantinopla por los turcos en 1453 fué también espantosa; perecieron más de 60,000 hombres y las mujeres y los niños fueron esclavizados y dispersados por el imperio turco. La importancia de la caída de Constantinopla fué enorme, porque los sabios y eruditos griegos al huir de ella llevaron los conocimientos y literatura griega al Occidente, dando así impulso al Renacimiento.

segunda ciudad del imperio, sita en fertilísima cuenca. Además de su valor y conocimiento del arte de la guerra, ayudaba a los turcos la debilidad y simpleza de los emperadores bizantinos, y las disensiones de los pueblos cristianos balkánicos que, enemistados unos con otros, se destrozaban mutuamente mientras se acercaba el día de su ruina; los mismos pueblos cristianos próximos a la península, venecianos, genoveses, húngaros, polacos y austriacos, estaban desunidos, demasiado preocupados por sus propios asuntos para unirse contra los poderosos invasores.

LOS JÓVENES DE LOS PAÍSES CONQUISTADOS SE PREPARAN PARA COMBATIR CONTRA SU MISMA PATRIA

Segismundo de Hungría se opuso a los turcos cuando cruzaron éstos los Balkanes, pero vió que los adversarios eran demasiado numerosos para él. Después el bravo Hunyada los derrotó al frente de un ejército polaco, y fué posteriormente derrotado a su vez en la sangrienta batalla de Kossovo.

Por entonces Constantinopla era una ciudad, estado más bien, si así puede decirse, que capital de un imperio, que antes había sido tan poderoso, y los turcos estaban decididos a hacer de ella su capital, para lo cual no dejaban de acrecentar su ejército y armada. Para el acrecentamiento del ejército se exigían jóvenes a los pueblos conquistados y se les ejercitaba para luchar contra su patria. Estas tropas fueron los famosos genízaros que tanto contribuyeron a destruir el imperio de Occidente y tanta preponderancia alcanzaron después sobre los sultanes.

TOMA DE CONSTANTINOPLA Y ÚLTIMOS OFICIOS EN SANTA SOFÍA

Las ruinas de las murallas de Constantinopla dan una idea de cuan fuertes eran las defensas cuando Constantino XI, el último emperador, combatió valerosamente en la brecha contra Mohamed II. Sabía que se aproximaba el fin, y a media noche había comulgado en Santa Sofía. Después, tras breve descanso en su ruinoso palacio, montó acaballo y, entre los lamentos del pueblo, se dirigió al sitio del peligro. Al poco tiempo los sitiadores pasaron sobre su cádaver para entrar en la ciudad. Las calles estaban desiertas, porque el pueblo se había congregado en Santa Sofía, donde orando esperaba de un milagro su salvación; pero bien pronto llenó la ciudad el lamento de sus habitantes que eran conducidos a la muerte o a la esclavitud, y pocas horas después de los oficios divinos, en que había comulgado Constantino, la voz de un muecín mahometano resonaba estentórea en el gran templo clamando « Dios es grande y Mahoma su profeta ». Era el 29 de mayo de 1453.

Aun perdura la grandeza de Santa Sofía, y muchos de sus bellos mosaicos hablan todavía de su pasado cristiano, aunque ya lleva más de cuatro siglos sirviendo de mezquita musulmana.

HUÍDA DE LOS SABIOS Y EL RENACIMIENTO

La conquista del imperio de Oriente por los turcos, y en especial la caída de Constantinopla, originó la huída de los sabios y eruditos, con los libros que tanto apreciaban, hacia Occidente, particularmente a Italia. En Florencia, Lorenzo *el Magnífico* reunió en torno suyo hombres aficionados a los monumentos griegos antiguos y al maravilloso arte heleno. El conocimiento de estos escritos y artes había estado tanto tiempo confinado en Oriente que, cuando comenzó a extenderse por Occidente, su estudio y el movimiento intelectual que produjo se denominó Renacimiento. Muchos eruditos de todos los países acudían a Italia, centro de estos estudios; y al volver a su patria propagaban el entusiasmo por la literatura y el arte griegos. « Me he entregado con toda mi alma a la erudición griega—escribe Erasmo, el amigo de Moro y Colet, desde París—y en cuanto tenga dinero lo emplearé en adquirir libros griegos . . . y después me compraré ropas ».

Durante los años que se siguieron a la toma de Constantinopla, la media luna otomana brilló triunfante sobre un basto imperio desde el Danubio al

LA BATALLA DE LEPANTO, DONDE PERDIÓ TURQUÍA EL DOMINIO DE LOS MARES



Durante más de un siglo después de la toma de Constantinopla, la escuadra turca fué reputada invencible. Pero en 1571, Don Juan de Austria, hijo de Carlos I de España, la venció en Lepanto, deteniendo para siempre los avances turcos hacia el Oeste. La armada turca constaba de 277 navíos y 120,000 hombres. La flota cristiana se componía de las armadas de Venecia, España, Estados Pontificios, y Caballeros de Malta. Pero lo que logró la victoria fué la pericia de Don Juan de Austria.

Eufrates, desde el Caspio hasta el estrecho de Gibraltar. La disciplina y unidad de miras de los mahometanos prevalecieron contra la desunión y rivalidad de los príncipes cristianos. No faltaron entre ellos actos heroicos, y hubo terribles rebeliones y matanzas; pero tan hondas eran las divisiones entre los gobernantes cristianos, tan intenso el odio entre las Iglesias romana y griega y entre católicos y protestantes, que no sólo no se unieron contra los mahometanos sino que muchas veces los príncipes cristianos se aliaban con ellos para ir unos contra otros.

SULTANES DE TURQUÍA Y LA GRANDEZA DE SOLIMÁN EL MAGNÍFICO

Entre los gobernantes turcos que se llamaron sultanes hubo muchos hombres de gran talento y firme carácter. Uno de los mayores fué Mohamed II que pasó a caballo sobre el cuerpo de Constantino y penetró, montado también, en Santa Sofía, el día memorable de la toma de Constantinopla. Reinó durante treinta años y sojuzgó a Servia, Bosnia y Grecia.

Solimán el *Magnífico* vivió durante la misma época que Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia y Carlos I de España. Una antigua canción alemana habla del terror que el « Gran Turco » había inspirado al Sacro Imperio Romano. Dice así. « Últimamente el furioso turco ha lanzado grandes fuerzas contra Hungría; de Hungría ha penetrado rápidamente en Austria a la luz del día, ahora amenaza a Babiera, de donde, si pasa adelante, llegará al Rin, y este pensamiento roba la paz y el descanso ».

De Solimán se dijo que, mientras reinó, jamás estuvieron secas las plumas ni quietas las espadas; tan numerosos fueron las guerras en su tiempo y los escritores. Él fué quien juró que no se daría punto de reposo mientras que desde lo alto de la torre de San Esteban, en Viena, no se recitasen las oraciones del profeta. Pero sus 250,000 turcos hubieron de levantar el sitio de la heroica ciudad, quedando así detenido el avance turco por el valle del Danubio.

SULTANES DÉBILES Y CRUELES

Pocos años después de la muerte de Solimán la batalla de Lepanto ponía fin al imperio turco en el Mediterráneo y en todos los mares.

Después sucediéronse sultanes débiles y crueles en cuyo tiempo hubo guerras con los persas y rebeliones de los jenízaros, que habían alcanzado gran poder y riquezas, y otros desastres. Bajo el sabio gobierno de la familia Kuprili, muchos de cuyos miembros desempeñaron el cargo de gran visir, levantóse de nuevo el poder otomano, y los turcos decidieron probar de nuevo fortuna en Viena. Hicieron enormes preparativos y renováronse las alianzas con las naciones vecinas, de modo que el emperador se encontrara solo y abandonado.

Las grandes huestes avanzaron sembrando el terror y la desolación y acamparon frente a Viena, en cuyo recinto se había guarecido la población campesina de los contornos. La guarnición era escasa, las murallas medio ruinosas, y los turcos entonces los mejores ingenieros y artilleros de Europa. No tardaron en derribarlas y arrojar de la ciudad a los soldados austriacos.

DECADENCIA DEL PODER TURCO EN EUROPA

Por fin, después de dos terribles meses, cuando parecía que era ya cuestión de pocos días la rendición de la ciudad, llegó en auxilio de ésta un ejército polaco a las órdenes de Sobieski, que fué acogido con indescriptible entusiasmo.

El sólo nombre de este rey de Polonia, que anteriormente los había derrotado varias veces, aterró a los turcos que huyeron a la desbandada abandonando copioso botín. Levantóse el asedio y los turcos fueron arrojados de Austria. Desde aquel día, que fué el 12 del mes de Septiembre de 1683, la decadencia del poder turco en Europa ha sido continua; ya no aterraron los sultanes al mundo, aunque consiguieron éxitos aislados, y durante muchos años continuaron dominando despóticamente a las naciones cristianas de la península balkánica.

La península balkánica

Los turcos fueron arrojados de Hungría; perdieron muchas islas y ciudades en el Mediterráneo, y Grecia pasó al poder de los venecianos antes de reñir su última y larga lucha para sacudir el yugo otomano. Los rusos que habían entrado ya en el concierto de las naciones europeas, se apoderaron de Azof, puerto del mar Negro, y poco a poco de toda la ribera Norte de este mar. Un poder naval en el Mar Negro es una amenaza para Constantinopla, y quizás demasiada influencia en los cuatro mares que bañan las naciones balkánicas.

DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO OTOMANO

En 1784 Catalina II se apoderó de la Crimea y estalló una nueva guerra entre Rusia y Turquía, que terminó en 1792 con la paz de Jassy, señalándose el Dniéster como frontera entre los dos imperios. La guerra de la Independencia, coronada por la batalla de Navarino, el protocolo de Londres de 1828 y el tratado de Andrinópolis, estipulado al año siguiente, libraron a Grecia del dominio de Turquía.

Francia se apoderó de Argel en 1830, y Mehemet-Alí, rompiendo los lazos de soberanía que ligaban Egipto al imperio Otomano, se declaró independiente más tarde.

Posteriormente, la cuestión de los Santos Lugares arrastró a Turquía a una nueva guerra con Rusia, de la que debía nacer la campaña de Crimea; y la matanza de cristianos en Siria motivó además la intervención francesa.

Desde 1861 a 1876 ocupó el trono Abdul-Asis, cuyo reinado se señaló por la emancipación de Montenegro, el bombardeo de Belgrado y la elección del príncipe Carlos de Hohenzollern para el trono de Rumanía.

La insurrección de la Herzegovina, los asesinatos de Bulgaria y la guerra con Servia y el Montenegro, eran otros tantos motivos que reclamaban la intervención de las potencias europeas, y para evitarla *el partido de la joven Turquía* hizo promulgar la Constitución del 23 de diciembre de 1876, estableciendo el régimen parlamentario; pero el remedio fué tardío; Turquía rechazó las conclusiones formuladas por los delegados de las potencias; y Rusia, que deseaba una ocasión propicia para combatir a Turquía, no la desaprovechó y empezó la guerra de Crimea, una de las más terribles del siglo pasado y en la cual tomaron parte de un lado Rusia y del opuesto Inglaterra, Francia, Turquía y Cerdeña.

En ella los turcos sufrieron derrota sobre derrota; y Sebastopol ardió durante dos días y dos noches. Los almacenes de víveres y municiones quedaron totalmente destruídos. Y, no pudiendo Rusia sostener la lucha, se avino a firmar la paz, la cual quedó momentáneamente asegurada por virtud del tratado de París.

Resumiendo las pérdidas de territorio que en Europa sufrió Turquía fueron: Bulgaria, Rumelia oriental, la Dobrucha, que se agregó a Rumanía, el distrito de Nisa, anexionado a Servia, Bosnia y Herzegovina ocupadas por Austria, el territorio de Batum, en Asia, cedido a Rusia y el de Botur, entregado a Persia. En el interior el Imperio otomano sufría de día en día mayor quebranto; la constitución era un Código escrito, pues la Cámara no se reunía, y las intrigas del serrallo no cesaban.

Al crecer el poderío de Rusia, su influencia se dejó sentir en las provincias turcas del Norte del Danubio, especialmente en Moldavia y Valaquia (1718), y la frontera por esta parte se vió rechazada unas veces hasta el Dniester, otras al Pruth; y durante muchos años estos antiguos reinos pasaron de los turcos a los rusos, y viceversa.

El poderío de Rusia logró restaurar el esplendor de la iglesia Oriental que, durante los años en que fué sólo religión de los oprimidos y siempre rebeldes súbditos del sultan y de los rusos, pocos en número, fué despreciada; pero que, al pasar a religión de una potencia poderosa, no podía menos de inspirar a ésta simpatía hacia los fieles más pobres y vejados de ella, lo cual favorecía también los conatos de independencia de las naciones sometidas aún al yugo otomano.